



TRAGEDIA – COMEDIA - DRAMA

OBJETIVO

- *Identifican y diferencia las formas de expresión teatral.*

Una manera de clasificar a los textos dramáticos es diferenciando unos de otros por el sentimiento preponderante que hay en ellos: la alegría o la tristeza.

Los géneros teatrales más importantes son: la comedia (obra escrita para hacer reír, de desenlace generalmente feliz y gracioso); la tragedia (obra que expresa sucesos tristes, de desenlace fatal e infeliz) y el drama (obra que mezcla sucesos alegres y tristes, elementos tanto de la tragedia como de la comedia). Estos tres géneros se conocen como géneros teatrales.

¿Conoces alguna tragedia griega? ¿Sabes la historia del rey Edipo?

Investiga y explica oralmente: ¿por qué la obra griega Edipo Rey se considera una tragedia?

Fueron los antiguos griegos quienes establecieron la comedia y la tragedia (siglo V a C.). El drama, que aparece en el Renacimiento (siglo XVI d. C.), describe conflictos y luchas entre personas, aunque sin llegar a los niveles de desesperación y fatalidad de la tragedia.

Los griegos actuaban con máscaras, y se ponían zapatos con suelas bastante anchas llamadas "coturnos". Solamente los hombres podían ser actores.

El drama es el género teatral de nuestro tiempo. Un drama generalmente tiene un final triste.

Dramas famosos son por ejemplo, "Fuente Ovejuna" del español Lope de Vega. En el Perú, se tiene la obra Ollanta, un drama ambientado en la época incaica, que narra la historia de amor entre Cusi Coillur, hija del inca Pachacutec y Ollanta; y "Collacocha", la historia de la inundación de una mina, escrita por Enrique Solari Swayne.

ACTIVIDADES

I. Averigua y responde las siguientes preguntas:

1. ¿Qué es el género dramático?

Es el género que comprende todas las obras, en verso o en prosa, destinados a ser representados.

2. ¿Cuáles son las principales especies dramáticas?

Son: La tragedia, la comedia y el drama.

3. ¿Qué es la tragedia?

Es una composición dramática de origen religioso cuyos temas implican los extremos fundamentales de la vida y la muerte frente al destino. El héroe trágico, así como los demás personajes, desarrollan una acción extraordinaria enfrentándose sin éxito a su fatal destino.

4. ¿Por qué se caracteriza la tragedia?

Se caracteriza por su final catastrófico, donde mueren uno o más personajes.

5. ¿Qué es la comedia?

Es una obra teatral que representa acciones humanas jocosas con la intervención de personajes corrientes, cuyos defectos y costumbres se ridiculizan para corregirlos. Tiene generalmente un final feliz y moralizador.

6. ¿Qué es el drama?

Es la representación en que se alternan lo trágico y lo cómico. Es la obra teatral que mejor representa la vida humana, puesto que en ella se mezclan, el dolor y la alegría, lo serio y lo ridículo.

7. Los alumnos se organizan y leen en el aula los fragmentos literarios de las obras "Edipo Rey" de Sófocles; (tragedia); "El sí de las niñas" de Leandro Fernández de Moratín (comedia) y "Fuente Ovejuna" de Lope de Vega (drama). Luego, comentan brevemente cada una de ellas.

EDIPO REY

Crítica. Esta tragedia, la más célebre de Sófocles, demuestra el arte consumado en el desarrollo de la acción: las revelaciones sucesivas hechas a Edipo de escena en escena, el contraste del rey glorioso del principio y el hombre destruido del final, hacen de esta obra una de las más dramáticas de todo el teatro griego.

Ampliando tus conocimientos:

Edipo. Amadísima esposa Yocasta, ¿qué querías al mandarme llamar de palacio?

Yocasta. Oye a este hombre; escúchale, y ve en que paran los decantados oráculos de los dioses.

Edipo. ¿Quién es ese hombre y qué es lo que quiere?

Yocasta. De Corinto viene, anunciando que ya no existe tu padre Pólipo, sino que ha muerto.

Edipo. ¿Cómo? Forastero, explícamelo todo tú mismo.

Mensajero. Si eso es lo que primero debo declararte, no lo dudes, él está muerto. Pólipo se fue.

Edipo. ¿En que manera? ¿A traición? ¿Por enfermedad?

Mensajero. A cuerpos ancianos, un peso de nada los derriba.

Edipo. Según las trazas, fue la enfermedad la que acabó con el desventurado.

Zensajero. Sí, y los muchos años que llevaba encima.

Edipo. ¡Bien, bien! Para qué nos preocupamos, mujer, con los santuarios adivinatorios de Apolo y con las aves que chirrían por los aires, según las cuales yo había de dar muerte a mi padre. Muerto está él y oculto bajo tierra, y yo aquí, sin tocar un arma. A no ser que haya muerto de pena por mi ausencia, uesto también sería matarle yo! En fin, ya está Pólipo en el Hades y se ha llevado consigo todos esos oráculos, probando la nada que son.

Yocasta. ¿No te lo decía yo hace tiempo? [...]

Edipo. Bien estuviera todo eso, si no viviera aún mi madre. Pero, pues vive ella, con todo lo bien que hablas, fuerza es temer Yocasta.

Yocasta. Sí, para buen argumento ahí está el sepulcro de tu padre.

Edipo. Bueno, lo confieso, pero al fin ella vive y todo es de temer.

Mensajero. (interrumpiéndoles). ¿Cuál es la mujer que tan alarmados os tiene?

Edipo. Mérope, ioh viejo!, la señora de Pólipo.

Mensajero. ¿y porqué os ha de causar tanta inquietud aquella señora?

Edipo. Por un oráculo terrible, que los dioses pronunciaron.

Mensajero. ¿Se puede saber, o existe absoluto secreto?

Edipo. De ningún modo. Dijo Loxias (Apolo) que yo había de contraer nupcias con mi misma madre y que, además, había de ensangrentar mis manos con la sangre de mi padre. Esta es la razón por que no he puesto el pie en Corinto hace tanto tiempo. No me va ciertamente mal; pero siempre es dulce volver a ver a los padres.

Mensajero. ¿Qué, y por temor a eso vives expatriado?

Edipo. Sí, viejo; para no llegar a ser el asesino de mi padre. [...]

Mensajero. Pues sábetelo que en ello no tienes motivo ninguno de desazón.

Edipo. ¿Cómo que no, si ellos son mis padres?

Mensajero. Tanto como este hombre lo es (señalándose a sí).

Edipo. ¿Van a ser lo mismo el padre y el que no lo es?

Mensajero. Es que ni él te ha engendrado, ni yo.

Edipo. ¿No?, ¿pues cómo me llamó siempre hijo?

Mensajero. Mire, rey, porque fuiste un regalo que él recibió de mis manos.

Edipo. ¿Y tanto supo amarme habiéndome recibido de otros?

Mensajero. El verse sin hijos le enseñó a hacerlo.

Edipo. ¿Y tú me compraste o me encontraste casualmente y me pusiste en sus manos?

Mensajero. En los replegados valles del Citerón te había encontrando.

Edipo. ¿Y a qué andabas tú por aquellos parajes?

Mensajero. Allí por los montes pastoreaba mis rebaños.

Edipo. ¿Pastor eran entonces y andabas vagando asalariado?

Mensajero. Y tu salvador, hijo, en aquel trance.

Edipo. Pues, ¿qué mal tenía yo, cuando tus manos me cogieron?

Mensajero. Tus tobillos te lo podrían decir.

Edipo. ¡Ay de mí! ¿Cómo me explicas tú esa deformidad tan antigua?

Mensajero. Es que yo te solté unos hierros que re atravesaban los pies.

Edipo. Ciertamente, desde la cuna me vienen esas vergonzosas cicatrices.

Mensajero. Como que por ellas te dieron el nombre que llevas.

Edipo. ¡Por los dioses!, di quién fue: ¿el padre?, ¿la madre?

Mensajero. No lo sé; esto mejor lo sabrá el que te me entregó.

Edipo. ¿Me recibiste de manos de otro? ¿No me encontraste tú mismo?

Mensajero. No; otro pastor te me dio.

Edipo. ¿Qué pastor? ¿Podrías mostrármelo?

Mensajero. Le llamaban el pastor de Layo, uno de ellos.

Edipo. ¿De Layo, el antiguo rey de esta tierra?

Mensajero. De ese mismo; pastor suyo era.

Edipo. ¿Vive ese viejo todavía?, ¿le podía yo ver?

Mensajero. Eso vosotros lo sabréis mejor (A los del coro), los de la tierra.

Edipo. ¿Hay alguno de los aquí presentes que conozca al pastor de que habla?, ¿alguno que le haya visto, sea aquí, sea en el campo? Dígalo, que a punto hemos llegado ya de descubrirlo todo.

Corifeo. Creo que no es otro que el pastor del campo, el mismo que hace un rato deseabas ver. Nadie podría decirlo aquí mejor que Yocasta.

8. Edipo. ¿Conocer, Yocasta, al que hace un momento llamábamos?, ¿es aquel el que éste dice?

EL SÍ DE LA NIÑAS

A manos de don Diego, el anciano adinerado, llega una carta de amor de su sobrino Carlos dirigida a Francisca. Don Diego con su sobrino, quien reconoce que ama a Francisca, e informa a doña Irene, madre de Francisca quien, indignada, se abalanza sobre su hija. Carlos, que está presenciando los hechos desde una sala contigua, sale a escena para defender a su amada.

DON CARLOS, DON DIEGO, DOÑA FRANCISCO, RITA

Sale DON CARLOS del cuarto precipitadamente; coge de un brazo a DOÑA FRANCISCO, se le lleva hacia el fondo del teatro y se pone delante de ella para defenderla. DOÑA IRENE se asusta y se retira.

DON CARLOS. Eso no... Delante de mí nadie ha de ofenderla.

DOÑA FRANCISCA. ¡Carlos!

DON CARLOS. (Acercándose a DON DIEGO). Disimule usted mi atrevimiento.... He visto que la insultaban y no me he sabido contener.

DOÑA IRENE. ¿Qué es lo que sucede, Dios mío? ¿Quién es usted?... ¿Qué acciones son estas?... ¡Que escándalo!

DON DIEGO. Aquí no hay escándalos... Ese es de quien su hija está enamorada... Separarlos y matarlos viene a ser lo mismo... Carlos... No importa... Abraza a tu mujer. (DON CARLOS va donde está DOÑA FRANCISCA; se abrazan y ambos se arrodillan a los pies de DON DIEGO).

DOÑA IRENE. Con que ¿su sobrino de usted?

DON DIEGO. Sí, señora; mi sobrino que, con sus palmadas y su música y su papel, me ha dado la noche más terrible que he tenido en mi vida... ¿Qué es esto, hijos míos, qué es esto?

DOÑA FRANCISCA. Con que ¿usted nos perdona y nos hace felices?

DON DIEGO. Sí, prendas de mi alma... Sí. (los hace levantar con expresiones de ternura).

DOÑA IRENE. ¿Y es posible que usted se determine a hacer un sacrificio?...

DON DIEGO. Yo puedo separarlos para siempre y gozar tranquilamente la posesión de esta niña amable, pero mi conciencia no lo sufre... ¡Carlos! ¡Paquita! ¡que dolorosa impresión me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer... Porque, al fin soy hombre miserable y débil!.

DON CARLOS. Si nuestro amor (besándole las manos), si nuestro agradecimiento pueden bastar a consolar a usted tanta pérdida.

DOÑA IRENE. ¡Con que el bueno de don Carlos! Vaya que....

DON DIEGO. El y su hija estaban locos de amor; mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de autoridad, de la opresión que la juventud padece, éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto, lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por casualidad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!

DOÑA IRENE. En fin, Dios los haga buenos y que por muchos años se gocen... Venga usted acá, señor, venga usted que quiero abrazarlo. (abrázanse DON CARLOS y DOÑA IRENE. DOÑA FRANCISCA se arrodilla y le besa la mano.) Hija, Francisquita. ¡Vaya!, Buena elección has tenido... Ciertamente que es un mozo galán.... Morenillo, pero tiene un mirar de ojo muy hechicero.

RITA. Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millón de besos. (DOÑA FRANCISCA y RITA se besan, manifestando mucho contento).

DOÑA FRANCISCA. Pero ¿ves qué alegría tan grande? ¡Y tú, como me quieres tanto! Siempre, siempre serás mi amiga.

DON DIEGO. Paquita, hermosa, (abrazando a DOÑA FRANCISCA) recibe los primeros abrazos de tu padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba mi vejez... Vosotros (asumiendo de las manos a DOÑA FRANCISCA y a DON CARLOS) seréis la delicia de mi corazón, y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquél..., no hay remedio, aquél es para mí. Y cuando lo acaricie en mis brazos, podré decir: a mí me debe su existencia este niño inocente, si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

DON CARLOS. ¡Bendita sea tanta bondad!

DON DIEGO. Hijos, bendita sea la de Dios.

FUENTEOVEJUNA

Después de muerto el Comendador, llega a Fuenteovejuna un juez para interrogar a todos. Laurencia y Frondoso, protagonistas de la obra, oyen cómo el juez aplica el tormento a los habitantes (viejos, mujeres, niños) para encontrar la verdad.

JUEZ. Decid la verdad, buen viejo.

FRONDOSO. Un viejo, Laurencia mía, atormentan.

LAURENCIA. ¡Que porfía!

ESTEBAN. Déjenme un poco.

JUEZ. Ya os dejo. Decid quién mató a Fernando.

ESTEBAN. Fuenteovejuna lo hizo.

LAURENCIA. Tu nombre, padre eternizo.

FRONDOSO. ¡Bravo caso!

JUEZ. Ese muchacho aprieta. Perro, yo sé que lo sabes. Di quien fue. ¿Callas?
Aprieta, borracho.

NIÑO. Fuenteovejuna, señor.

JUEZ. Por vida del rey, villanos que os ahorque con mis manos.

¿Quién mató al comendador?

FRONDOSO. ¡Que a un niño le den tormento, y niegue de aquesta suerte!

LAURENCIA. ¡Bravo pueblo!

FRONDOSO. Bravo y fuerte.

JUEZ. Esa mujer al momento en ese potro tened. Dale esa mancuera luego.

LAURENCIA. Ya está de cólera ciego.

JUEZ. Que os he de matar, creed, ¿Quién mató al comendador?

PASCUALA. Fuenteovejuna, señor.

JUEZ. ¡Dale!

FRONDOSO. Pensamientos vanos.

LAURENCIA. Pascuala niega, Frondoso...

FRONDOSO. Niegan niños: ¿qué te espantas?

JUEZ. Parece que los encantas.

¡Aprieta!

PASCUALA ¡Ay, cielo piadoso!

JUEZ. ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?

PASCUALA. Fuenteovejuna lo hizo.

JUEZ. Traedme aquél más rollizo, Ese desnudo, ese gordo.

LAURENCIA. ¡Pobre Mengo! El es sin duda.

FRONDOSO. Temo que ha de confesar.

MENGO. ¡Ay, ay!

JUEZ. Comienza a apretar.

MENGO. ¡Ay!

JUEZ. ¿Es menester ayuda?

MENGO. ¡Ay, ay!

JUEZ. ¿Quién mató, villano, al señor comendador?

MENGO. ¡Ay, yo lo diré señor!

JUEZ. Aloja un poco la mano.

FRONDOSO. El confiesa.

JUEZ. Al palo aplica la espalda.

MENGO. Quedo, que yo lo diré.

JUEZ. ¿Quién lo mató?

MENGO. Señor, Fuenteovejuna.

JUEZ. ¿Hay tan gran bellaquería? Del dolor se están burlando. En quien estaba esperando, Niega con mayor porfía.

Dejadlos, que estos cansado.

FRONDOSO. ¡Oh Mengo, bien te haga Dios! Temor que tuve de dos

LENGUAJE Y LITERATURA